

La enseñanza del español en España

Con el título «Estamos en la cultura de los nuevos analfabetos», el diario madrileño *Informaciones* publicó el 26 de noviembre de 1969, firmada por Alfonso Albalá, una entrevista con don Manuel Seco, joven y destacado lingüista, hijo de don Rafael Seco, autor de un *Manual de Gramática* publicado hace cuarenta años, en el que miles de españoles aprendimos la estructura de nuestra lengua. Por su capital importancia para la enseñanza vamos a espigar en sus declaraciones los puntos más importantes relacionados con la didáctica del español, seguidos de algunos breves comentarios.

LA SITUACION

Don Manuel Seco afirma que

Los españoles terminan el bachillerato, hoy como ayer, sin saber expresarse con mediana precisión, tanto en forma oral como escrita. Cuando lo hacen, lo hacen con una lógica pobre, con una sintaxis pobre, con un léxico pobre.

A la pobreza de la expresión corresponde, según el señor Seco, una lamentable penuria en la comprensión del lenguaje ajeno, principalmente en lo que respecta al entendimiento de los textos. En este aspecto afirma:

A la incapacidad para una expresión exacta y eficaz se une la incapacidad para comprender con claridad lo que los demás nos comunican, para desentrañar el verdadero sentido de lo que se nos dice. Y no dudes de que éste es uno de los secretos ingredientes que explican la tremenda confusión mental que padecemos los españoles. Es alarmante, tristísima, la escasa proporción de personas que tienen el hábito de la lectura.

LAS CAUSAS

Del complejo de factores que originan tan triste panorama, el profesor Seco menciona los siguientes:

En primer lugar, la televisión, a la que atribuye el hecho de que «las masas sienten cada vez menos necesidad de leer». Pertenecen, como diría Pedro Salinas, a la «cultura de los *nuevos analfabetos*, puesto que no es que la gente no sepa leer ni escribir: es que ni lee ni escribe». A la pregunta del entrevistador: «Pero ¿no será esto por culpa de la enseñanza?», el señor Seco respondió: «Sí, pero no toda. Hay muchos profesores competentes de lengua española, aun cuando también abunda la rutina, el memorismo impuesto por los exámenes de reválida, la modificación frecuente y arbitraria de los planes de estudio y, sobre todo, la creciente cantidad de horas de trabajo que se exigen hoy a los profesores de Enseñanza Media, impidiéndoles preparar las clases detenidamente. Por otra parte, es necesario prestar más atención a la formación de los profesores que a los planes de estudio, cosa que no se hace, y, sin embargo, se sigue dando una importancia excesiva al aprendizaje teórico en detrimento del conocimiento práctico, como se sigue confundiendo Lengua con Gramática, con lo que nuestros bachilleres seguirán sin saber Gramática ni Lengua.»

REMEDIOS Y COMENTARIOS

De la exposición sintética de las causas es fácil deducir la terapéutica que, en opinión del profesor Seco, debe aplicarse para corregir la deficiente enseñanza del español en nuestra patria, terapéutica que prolongaremos con algunos comentarios personales.

En primer lugar, reclama, con toda razón, que

se dedique más atención a la formación de los profesores que a la confección de los planes de estudio, y es obvio que tal formación debe centrarse tanto en una firme preparación lingüística, que evite la confusión entre Lengua y Gramática, como en la capacitación didáctica, que no se adquiere en un breve cursillo porque exige conocimientos fundamentales de Psicolingüística y Psicodidáctica, así como de los postulados esenciales de la ciencia de la Educación.

Reside aquí, a nuestro juicio, la debilidad fundamental de nuestra didáctica del idioma español en la Enseñanza Media, en tanto el obstáculo principal que encontramos en la Primaria incide sobre el deficiente conocimiento de la estructura de la lengua.

Conviene aclarar, explicando, según creemos, las tesis del señor Seco, que el fallo principal consiste en la manía gramaticalista, es decir, en la errónea creencia de que se aprende el idioma materno estudiando la Gramática, equivocación lamentable y básica que esteriliza la inmensa mayoría de los esfuerzos dedicados a la enseñanza de la Lengua por maestros y catedráticos. Se olvida que la adquisición del instrumento lingüístico debe pasar por tres etapas bien diferenciadas, que se dividen en varios subperiodos: la primera, de *adquisición y enriquecimiento*, que se extiende desde los primeros meses de la vida del niño hasta los doce años aproximadamente; la segunda, de *clasificación y sistematización* de los hechos lingüísticos, que va de los doce a los quince años; finalmente, la tercera, de los quince años en adelante, de *perfeccionamiento y matización* de la expresión. La primera etapa es agramatical y reclama una enorme y perfectamente graduada cantidad de ejercicios de vocabulario, formación e inversión de oraciones, derivación y composición, amplificación de expresiones partiendo de un pequeño núcleo inicial, etcétera.

Pero hay tres postulados fundamentales de toda acción didáctica en el primero y en gran parte del segundo período:

a) Instalar al alumno en una *situación de comunicación*, introduciéndole en un diálogo didáctico preparado por el maestro, cuya finalidad sea ampliar o matizar el vocabulario, utilizar determinadas series morfológicas o unas estructuras sintácticas dadas:

b) Empleo, sobre todo en los primeros cursos, no de la lengua culta (literaria o científica), sino de la *lengua coloquial*, en sus manifestaciones orales, ya que la lengua escrita es una parcial transcripción de la lengua hablada. Sólo progresiva y lentamente se irán introduciendo la lengua literaria, pero concibiéndola como un *desideratum*, no como instrumento didáctico habitual.

c) No partir nunca de palabras (entes lingüísticos que sólo actualizan su significación en los contextos), sino de *estructuras con sentido*, es decir, de frases y oraciones.

En el segundo período se continuará la adqui-

sición y enriquecimiento del idioma, iniciándose la reflexión sobre el mismo, que no otra cosa, en el fondo, es la Gramática; pero sin creer que el alumno domina ya la lengua literaria, hacia la que solamente se encamina, de donde el error en que consiste el prematuro comentario de textos—con frecuencia desligados de los contextos que los sitúan y esclarecen— como *praxis* inicial y básica en la didáctica del idioma.

Tocamos aquí el grave problema relacionado con el entendimiento de los clásicos y con el hábito de la lectura, asuntos cuyo tratamiento circunstanciado requeriría un espacio del que no disponemos ahora. Baste decir, por el momento, que a través de toda la enseñanza sostienen una guerra sorda, pero dura, las tres modalidades básicas del lenguaje: la información, la comunicación y la expresión, a cada una de las cuales debe dedicarse atención y esfuerzo a todo lo largo del proceso de aprendizaje lingüístico.

Existe un notorio desequilibrio en la práctica docente a favor de la información, pero no entendida como paladeo personal del alumno o iniciación y cultivo de la autorreflexión, sino como retención, frecuentemente sólo memorística, de definiciones y clasificaciones. Ello conduce a la acumulación ingente de nociones múltiples con vistas a un «examinismo», responsable, en buena parte, de nuestras desventuras didácticas.

La gente española lee poco, según Unamuno, porque somos un pueblo «iliterato», es decir, poco partidario de la letra impresa (lo que, de saberlo, haría las delicias de Mac Luhan); en opinión del profesor Seco, porque la televisión está creando los «nuevos analfabetos»: personas que saben leer y escribir, pero que ni leen ni escriben.

Lo cierto es que, por desventura nuestra, el señor Seco tiene razón en sus afirmaciones, y aún pensamos que se queda corto al hacerlas. A pesar de las luminosas orientaciones de José de Caso en su libro *La enseñanza del idioma* (1889), del precioso folleto de Américo Castro *La enseñanza del español en España* (1922) y del incomparable artículo de Dámaso Alonso *Sobre la enseñanza de la filología española* (1941), la didáctica de nuestra lengua padece un tremendo retraso entre nosotros. Los Cuestionarios Nacionales para la Enseñanza Primaria (1953) intentaron acabar con el gramaticalismo. Mucho antes (1946) mi *Libro del maestro para la enseñanza activa del idioma*, y después los *Cuestionarios de Enseñanza Media*, han procurado actualizar la didáctica lingüística.

Sin duda abundan poco ya, por fortuna, los famosos ejercicios de análisis gramatical, que antaño constituyeron el punto fuerte de esta enseñanza, a los que calificó de «locura» el gran lingüista francés Meillet; pero aún nos queda mucho camino por andar en una materia cuyo aprendizaje debería ser cuidado al extremo no sólo por motivaciones patrióticas y culturales, sino también por constituir la base psicológica del edificio mental de los españoles.

A. M.